



La memoria de los derrotados

Roldán Jimeno Aranguren

El presente trabajo¹ analiza la memoria de los derrotados navarros en la guerra civil de 1936-1939. Se ha elegido este período, y la figura del vencido, como marco idóneo para observar las estrategias del recuerdo. Contamos para su análisis con una excelente fuente, el libro *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, realizado por Altaffaylla Kultur Taldea en 1986. Además del estudio histórico que vertebra la obra, sus dos volúmenes recogen numerosos testimonios directos de los protagonistas vencidos en la contienda. A grandes rasgos, aunque los ejemplos aportados se refieran al bando republicano navarro, las conclusiones son aplicables a todos los derrotados de aquella guerra y, en gran medida, a los vencidos en cualquier otra coyuntura bélica similar; aunque conviene recordar que Navarra no conoció en su territorio una guerra con frentes de combate, dándose únicamente situaciones de represión que se saldaron con cerca de dosmil ochocientos muertos.²

1. Acceder a la memoria desde distintas disciplinas

Hablar de *memoria* supone adentrarse en un campo trillado por diferentes disciplinas. A su estudio se han dedicado fundamentalmente la neurobiología, la psicología, la pedagogía, la psicopedagogía, la sociología, la antropología y la historia.³ La tan reivindicada interdisciplinariedad de las ciencias cobra aquí un especial papel, aunque la práctica muestra la dificultad de lograr la convergencia de todas ellas. Este trabajo se centra primordialmente en unos datos obtenidos en su día a través de la técnica de la historia oral⁴ vistos desde la antropología. Estas dos disciplinas han resultado ser las más convergentes, tanto en sus análisis metodológicos como en los cada vez más numerosos estudios prácticos. Sobre el tema que nos atañe destacan los trabajos de Paloma Aguilar en torno al recuerdo de la guerra civil que tenía la sociedad española durante la transición (1995 y 1996); por otra parte, la historiografía occidental posee numerosos estudios sobre la memoria y la guerra, entendida ésta en su sentido más amplio, como el sugerente y riguroso estudio de Herbert Hirsch sobre el genocidio y las políticas de la memoria (1995).

Las dos ciencias divergen en sus objetivos en relación con la memoria. La historia busca extraer de ésta una objetividad, mientras que la antropología se centra más en el hecho en sí de lo que supone el recuerdo, independientemente de la objetividad de la narración. Conviene apuntar además que un caso como el que estamos analizando, es decir, una coyuntura bélica y, por lo tanto, una situación de extrema violencia y tensión polarizada, aparece en la memoria con una mayor subjetividad que un acontecimiento más o menos intrascendente. El propio Paul Thompson apunta que:

toda fuente histórica derivada de la percepción humana es subjetiva, pero sólo la fuente oral nos permite plantear un reto a esa subjetividad, penetrar en las capas de la memoria, excavar en sus penumbras, con la esperanza de alcanzar la verdad oculta (1988, 171).

Al historiador se le plantea así el problema de cómo interpretar esa memoria en relación a su fiabilidad histórica (Vansina, 1985, 190-193; Thompson, 1988, 263-297; *Ibid.*, 1994). Además, la memoria es limitada y selectiva (Cuesta, 1996, 62-63, 64).⁵

Por otra parte, recoger esas narraciones supone tener que captar sus ideologías e interpretarlas, cuestión que ha deparado una interesante polémica historiográfica, todavía hoy abierta (Grele, 1991, 111-129). Otro problema debatido por los estudiosos es la consideración del valor de lo relatado por el informante ya que, como observa Nicole Gagnon, la memoria se expresa esencialmente de forma anecdótica. La recolección de anécdotas aflora a través de las significaciones de la experiencia actual y en función de las cuestiones que el interlocutor le plantea. Las escenas narradas están intactas y se ven como una experiencia vivida que ha perdurado hasta ese momento (1993, 44-45). No obstante, y según lo afirmado al principio, esta problemática atañerá más al historiador que al antropólogo.

En el caso de un acontecimiento distante ya cincuenta años, recoger esa información resultaba vital, tanto por el fallecimiento de los protagonistas como por la vertiginosa aceleración de la historia. Apenas tenemos tiempo de envejecer un poco, pasando nuestra propia vivencia individual a pertenecer a la historia (Augé, 1998a, 33). Esta *aceleración*, fruto de la *sobremodernidad*,⁶ suele llevar consigo una superabundancia de acontecimientos

abrumadores que sobrecargan el terreno de la observación, dificultando que el investigador pueda otorgar un sentido al pasado reciente (Ibid., 34-37).

Esta memoria, recogida a través del trabajo de campo, debe ser cotejada con otras fuentes (fondos documentales, hemeroteca, etc.). Jay Winter ha demostrado también la utilidad del estudio de fuentes literarias y artísticas para el conocimiento de un contexto bélico, en su caso centrado en la primera guerra mundial, que incide especialmente en los aspectos relacionados con la memoria (1995).

Por supuesto, todo proceso vinculado al recuerdo debe contextualizarse en un marco socio-cultural, económico e histórico, en este caso muy definido al tratarse de una situación de guerra y, por lo tanto, límite para los implicados en ella. No es objeto de este trabajo analizar aquella coyuntura, perfectamente reflejada en la obra de Altaffaylla (1986) y en la más reciente de Josu Chueca y Luis Fernández (1997).⁷

2. *Commemorar la guerra civil: una forma de memoria*

En 1986 se conmemoraba el cincuenta aniversario de la guerra civil. Este tipo de eventos se constituye en una de las formas que la memoria utiliza como instrumento de legitimización de un hecho y, a su vez, obedece a una apropiación del tiempo por el hecho a recordar (Velasco, 1994, 137). En las *conmemoraciones*⁸ se revive el pasado, que sustituye al presente. Éstas obedecen además a la memoria de nuestros antepasados y de todos los que se convirtieron en modelo de vida, dando orden y sentido al tiempo (Velasco, 1994, 133). En definitiva, este tipo de actos buscan afirmar una memoria social (Connerton, 1989, 71), una identidad colectiva que no se puede sustentar tan sólo sobre un fondo tradicional de representaciones, arraigándose en algo más primario y profundo, en la conciencia de sus partícipes por compartir un pasado. Así, disponer de ese pasado en común será precondition de toda identidad colectiva y, la memoria, la encargada de reconstruirlo (Ramos, 1989, 77). Por ello, Jacques Le Goff comentaba que la memoria colectiva no sólo es una conquista, sino que se convierte en un instrumento y una mira de poder (1991, 181).

Las conmemoraciones se deben inscribir en una coyuntura social, política y cultural determinada. El ejemplo español de 1492-1992 es evidente. En el mismo año del descubrimiento de América, los Reyes Católicos culminaban la empresa de la reconquista con la toma de Granada. Las instituciones oficiales españolas, ante la necesidad de conmemorar el histórico año, se hallaron ante una gran disyuntiva. Por una parte, la expulsión de los *moros* de la Península no podía considerarse como un hecho festejable; las acciones encaminadas hacia la integración social de los inmigrantes africanos y la política exterior española hacia los países islámicos y, muy especialmente del Maghreb, lo desaconsejaban, máxime en el año de las *confraternizadoras* Olimpiadas de Barcelona y de la Expo de Sevilla. Así pues, tan reseñable acontecimiento se acalló y apenas fue recordado salvo por la historiografía gustosa de centenarios y algunas voces discordes con el sistema. Pero el tema de América, uno de los mayores acontecimientos de la historia universal, no podía obviarse. Desde el principio la polémica estaba servida. Desde posturas antagónicas era observado el acontecimiento como un descubrimiento, una conquista o un genocidio. La Comisión oficial del V Centenario

solucionó el problema con una respuesta ambigua y de imagen amable: *un encuentro entre dos mundos*.

La coyuntura del momento ha determinado de manera especial la conmemoración de la guerra civil, habiendo sufrido una fluctuante evolución a lo largo de su corta pero dilatada historia. Este hecho, sin embargo, es común a toda conmemoración de tipo político, variando la *ritualización* de aquella construcción de la memoria según la época y el lugar.⁹ Así, durante todo el franquismo, aunque evolucionando en las formas, fueron festejadas con todos los honores las mayores *gestas* de la *Victoria Nacional*. Importancia destacada adquirieron los *monumentos*, auténtica expresión tangible de la permanencia o, por lo menos, de la duración, que reivindican la esencia histórica del lugar (M. Augé, 1998a, 65, 73-74). Dentro de este concepto antropológico destacan las acciones encaminadas a rescatar del olvido personas, objetos y acciones, teniendo una de sus muestras más palpables en el callejero, selección generalmente arbitraria, legada para la memoria de la posteridad (del Valle, 1997a, 102). Los numerosos monumentos a los caídos y las rotulaciones de las principales calles y plazas en honor a los *más gloriosos* generales del bando nacional se extendieron a lo largo y ancho del estado.¹⁰

Pasada la Transición, no parecía *políticamente correcto* conmemorar aquellos *gloriosos acontecimientos*. Únicamente los nostálgicos del franquismo continúan reuniéndose anualmente todos los 20 de noviembre –fecha del fallecimiento de Francisco Franco– en un ritual de fervor fascistoide en el Valle de los Caídos (Madrid), donde reposan los restos del dictador y de Primo de Rivera. Por su parte, el gobierno español volvía la mirada hacia otro tipo de festividades como la Constitución, elevada desde las instituciones estatales a categoría cuasi-religiosa.

Aquellos vencidos en el 39, silenciados durante cuarenta años, poseían con la nueva coyuntura política la oportunidad de realizar su conmemoración particular. Evidentemente no se trataba de recordar aquellos acontecimientos al uso de los vencedores, sino de hacer oír su propia historia, proclamar a los cuatro vientos el sufrimiento de la guerra y la opresión del franquismo posterior. El evento adquiriría así un aire reivindicativo de un pasado que existió pero que fue acallado durante tantos años.

1986, cincuentenario del *alzamiento nacional*, era la fecha indicada para devolver la memoria de los derrotados, objetivo de la publicación del libro *Navarra 1936. De la esperanza al terror*. Comenzaba la obra con una elocuente dedicatoria: *A la memoria de los que han caído. Al coraje de los que no temen caer*. El propio libro se convertía así en un *monumento* erigido en memoria de los vencidos, singularmente de los muertos violentamente.¹¹

La recuperación de la memoria a través de esta obra fue, cuando menos, singular. Además de una minuciosa labor de archivo, en el proyecto colaboraron numerosas personas, agrupadas en núcleos de familiares de represaliados y otros colaboradores de diferentes localidades navarras que permitieron reunir a un gran número de supervivientes que legaron sus vivencias y recuerdos, sus apuntes, cartas y fotografías. La gestación popular del proyecto se observa en la afirmación de que:

había que decir y exigir que se nos deje a nosotros, los familiares, amigos y compañeros de los asesinados, contar nuestros propios muertos (Altaffaylla, I, 1986, 13).

Prescindiremos por tanto del análisis histórico general sobre Navarra y el individual de cada localidad, para centrarnos en los testimonios que se recogen por medio de la técnica de la historia oral en el proyecto de Altaffaylla.

3. Mecanismos del recuerdo en el derrotado

Analizar la memoria del vencido nos lleva directamente a observar situaciones de opresión. El campo donde trabajamos es la denominada *memoria situada*. Dentro de la narrativa, la memoria aparece en un contexto determinado y, rescatarla del mismo, requiere unos mecanismos para acceder al recuerdo, donde afloran aspectos tan íntimos como la emoción (Lummis, 1987, 118) o lagunas, fruto de olvidos y silencios más o menos deliberados (Augé, 1998b). En este sentido, se tuvo el acierto de que los informantes que narraron sus experiencias al proyecto *Navarra, 1936* eran, por su edad, los más capacitados para ello. No en vano ya Maurice Halbwachs apuntaba que normalmente los adultos, absorbidos por sus preocupaciones diarias, no prestan tanto interés por su pasado. No es el caso de los ancianos, que vuelcan su mirada evocadora hacia los acontecimientos de su niñez y juventud como una forma de preservar su propia memoria (1992, 47).

La fuerza del *poder evocador* es uno de los sistemas más fructíferos para poder acceder a la memoria de cualquier persona. Paul Thompson nos dice que la mayor parte de la gente tiene algunas memorias que, al evocarse, liberan intensos sentimientos (1988, 178). Evocar es tarea fácil para un vencedor, que mira con satisfacción su *glorioso* pasado, mientras que no lo es tan sencillo para el vencido, dependiendo de cómo haya sido su trayectoria vital. Hay que contribuir por lo tanto a hacer brotar ese poder evocador y rescatar situaciones, acciones y personas que actúan como parte importante de la memoria no discursiva, recreando el pasado y dando explicación al presente y, quizás, al futuro (del Valle, 1997b). Para ello son importantes los datos que puedan sugerirle los objetos y, muy singularmente, las fotografías.¹² Nosotros, antropólogos o historiadores, podemos analizar lo que representan, pero habría que dar un paso más y ver lo que evocan. Así, esos objetos del pasado se pueden erigir desde la propia experiencia del sujeto en una pregunta o en una contestación. En nuestra obra de referencia se recogió numeroso material gráfico aportado por los informantes que, sin duda, contribuyó a recordarles aquel pasado.

En una situación represiva como la analizada se acentúa la diferenciación entre *memoria individual* y *memoria colectiva*,¹³ encontrándonos por una parte con las vivencias radicalmente individuales y, por otra, con otras que abarcan a toda la colectividad. Aunque existen autores que niegan la memoria individual, afirmando que únicamente existe la memoria social,¹⁴ otros como Marc Augé prueban que la individual y la colectiva existen de manera independiente y que se van interrelacionando (1998b). No obstante, Jacques Le Goff apunta a que la evolución contemporánea de la sociedad acrecienta el papel representado por la memoria colectiva, constituyendo uno de los elementos más importantes de la sociedad,

de las clases dominantes y de las clases dominadas, todas en lucha por el poder o por la vida, por sobrevivir y por avanzar (Le Goff, 1991, 181).

En relación con estos aspectos debemos tener en cuenta que la memoria se activa en gran

medida por procesos identitarios y, por lo tanto, colectivos. Así, las identidades configuradas tras la guerra civil en un vencedor y en un vencido son absolutamente antagónicas. La relación entre la creación de la memoria y la elaboración de las identidades será pues, básica a la hora de estudiar acontecimientos como el de la represión.

Dentro de los ejes estructuradores del recuerdo, analizados por Teresa del Valle, para el estudio de los derrotados en la guerra destacan los hitos, que afloran cuanto más cargada de emociones está la persona. Para esta autora la guerra civil es como un hito en el que pueden compararse las vivencias de las mujeres y los hombres. Para ellas el hito se configura en la soledad, la muerte de maridos, hermanos e hijos, o el exilio. Los varones en cambio, lo sitúan en las consecuencias de la guerra y en una posguerra, como una época de penuria y emigración. Concluye que las rupturas o experiencias de la violencia son hitos más importantes para las mujeres que para los varones. Comunes a ambos sexos serían los siguientes: el dolor causado por cualquier aspecto de la guerra, la violencia física y psicológica, el haber sido víctimas de injusticias, de marginación, abandono, impotencia y miedo.

Este último hito aflora en la memoria a través de imágenes vinculadas a tiempos y espacios. Al miedo acompaña un sentimiento de impotencia individual, pero que se nutre a su vez de imágenes compartidas en colectividad por verse a merced de fuerzas incontrolables (del Valle, 1997b). Fue el caso de un vecino de Nardués, que acudió por voluntad propia a presenciar un fusilamiento. Gran error, la memoria le atormentaría el resto de sus días, quedándose muy impresionado y maldiciendo constantemente el haber acudido (Altaffaylla, 1986, I, 389). En el sentido opuesto, el valor de la gente superando todas las situaciones de miedo es una constante en el recuerdo, como el mostrado por los fugados que acababan muertos «a tiros, como si fuesen fieras», mientras gritaban: «¡Muera el fascismo! ¡Viva la Libertad!» (Ibid., I, 98).

4. La memoria del espacio y del tiempo

No se puede observar la memoria del espacio sin tener en cuenta la del tiempo y viceversa, no en vano, uno está imbuido del otro (Azcona, 1988, II, 195-247). A través de la contemplación y lectura del entorno humano se puede obtener un conocimiento de la historia de las personas, de los grupos, de la sociedad y de la cultura. Ese espacio está imbuido de tiempo cronológico, donde pueden leerse presencias y ausencias y, en la medida en que se vayan descubriendo sus momentos, entrarán en comunión el espacio y el tiempo (del Valle, 1997a, 81). Pese a lo evidente de estas afirmaciones, Enrique Luque Baena plantea el exceso de interés en el espacio y el escaso mostrado para las cuestiones relativas al tiempo por parte de la antropología del estado español, fruto indudable de la influencia del funcionalismo y del estructuralismo, donde predomina el espacio sobre el tiempo (1993, 93-116).¹⁵ Por su parte, y a partir de los estudios dirigidos por Pierre Nora, la historiografía dedica desde hace algo más de una década un especial interés a los *Lieux de Mémoire*, observados, además, como espacios donde se producen procesos identitarios.¹⁶

La propia *Navarra, 1936. De la esperanza al terror* es un reflejo de la memoria del tiempo

y del espacio. El primer concepto se observa en la ya analizada conmemoración del cincuentenario y, el espacio, cobra protagonismo al tomar a Navarra como peculiar unidad de análisis. El territorio foral se considera como un nuevo lugar de convivencia para todos los navarros, concluyendo la introducción deseando:

que todos aprendamos de la Historia, para que Navarra, nuestra Navarra, sea un espacio en el que quepamos todos (Altaffaylla, 1986, I, 16).

Pero descendamos al tiempo y al espacio más individual. Estos conceptos se observan en su mayor nitidez a través de las narraciones de los *fusilados*. Algunos sentenciados a muerte tuvieron la fortuna de sobrevivir de manera sorprendente por descuidos y mala puntería de sus verdugos. Destaca entre todas las historias la de José Méndez, superviviente tras fingir su muerte. Al igual que ocurre con algunas otras situaciones de violencia, la narración de este hecho se produce *a cámara lenta*, recordando cada segundo de manera precisa y milimétrica (Altaffaylla, 1986, I, 84-87). En otros casos similares la vivencia no se narra de manera tan detallada y ralentizada, aunque todos consideran su experiencia como un hito importante, quizás el mayor de toda su vida (Ibid., I, 322-324; II, 57-59).

El espacio del fusilamiento y el lugar de sepultura aparece en numerosos testimonios. Resulta imposible borrar del recuerdo el cuerpo del fusilado Balbino Bados arrojado en una sima de Urbasa. Se podía ver a las doce del mediodía, iluminado por la vertical del sol, por lo que su padre mandó bajar a un amigo para apartarlo de la vista (Ibid., I, 79). El aparentemente bucólico paisaje de las simas de Urbasa se convierte en una obsesión en la memoria de los comarcanos. Arrojar los cadáveres a las profundidades de Otxoportillo, Bazanziturri y Ordoz evitaba la tarea del entierro, y algunos pastores recuerdan los gritos de alguno que prolongó su agonía durante varios días. Los recuerdos en torno al significado de las simas son numerosos, llegando incluso a creer que una epidemia de tifus sufrida en Olazti se debió a la contaminación de las aguas por los cadáveres. Anualmente la sima de Otxoportillo reúne, en un ritual conservador de la memoria, a familiares de los asesinados para recordarlos y mantener vivo el espíritu por el que murieron (Ibid., I, 139-140).

Las fosas también tienen su importante hueco en la memoria. Un vecino de Cadreita recuerda el fusilamiento de diferentes vecinos delante de una. Estaban maniatados por detrás, arrodillados junto a la fosa y, conforme les disparaban en la nuca, de un puntapiés los depositaban en la zanja. Concluido todo los cubrían con una «miaja» de tierra (Ibid., I, 202). Similar testimonio se recoge en Pitillas (Ibid., II, 156-157). Un vecino de Peralta recuerda que, tras la crueldad del asesinato de Encarnación Resano, el enterrador se mofaba por haberla colocado en la fosa entre dos hombres simulando una relación sexual. Efectivamente, al recuperar los cadáveres, sus restos salieron en aquella postura (Ibid., II, 144).

Como estamos viendo, la exhumación de los restos quedó profundamente grabada en las mentes. En algunos casos la operación se realizó en la más estricta intimidad; en otros, estuvo cargado de un ritual popular que reivindicaba la memoria de los asesinados. La exhumación de los restos de León Asín, el «Torico», es recordada con amargura. A este anciano republicano peraltés de 75 años lo mataron tras golpearlo, rociarlo de gasolina y prenderle fuego. Al desenterrarlo el informante cuenta que estaba desfigurado.

Y empezó a salir paja requemada, y las espinillas y un brazo calcinados... y la chaqueta color marrón sobre el cráneo... Un nieto y una nieta contemplaban los restos llorando (Ibid., II, 146).

Otros espacios relacionados con los fusilamientos son recordados con igual sentimiento, debido a la crueldad con que fueron ejecutados. Es el caso de un grupo de corellanos fusilados en Milagro. Uno de ellos fue sacado de la cárcel con las manos cortadas con una hacheta, cuando se agarraba a las verjas (Ibid., I, 266). Ezkaba es recordado porque sus fusilados caían despeñándose. Uno de ellos no murió y fue rematado tras tres días de sufrimiento y gritos. En aquellos tiempos los del caserío de Nagiz se quejaron de que sus perros les traían brazos, piernas y otras extremidades de los fusilados que no enterraban. A partir de entonces debieron poner mayor celo en aquella tarea (Ibid., I, 304). Un vecino de Andosilla recuerda con nitidez el caso del cadáver de un fusilado que fue rescatado del río por un pescador de Allo y lo ató de la muñeca a un árbol para que no se lo llevara la corriente.

Como nadie lo sacaba, con el tiempo se fue perdiendo el cuerpo, primero la cabeza, luego un brazo..., al final se quedó el brazo atau al árbol. Al ver allí el muerto unos se estremecían y otros se reían, pero nadie se atrevía a tocarlo (Ibid., I, 81).

En el espacio doméstico cobra singular relevancia el papel de las mujeres. No en vano y según Teresa del Valle:

se piensa que la casa es el lugar de la mujer y su fuente de identidad con independencia del tiempo que pase en otros lugares y el peso de las responsabilidades externas que tenga (1997a, 47).

Sobre este aspecto destaca el protagonismo de la mujer como guardiana de la casa y, sobre todo, como ocultadora de los huídos de la represión. La señora de la casa se convertía en la clave silenciadora de la existencia de su escondido, generalmente su marido o hijos. Conocemos varios testimonios. El cabanillés Gregorio Pérez huyó de su propio fusilamiento, viviendo escondido en su casa una decena de años. La estrategia de su mujer fue magistralmente lograda, llegando a llevar luto y consiguiendo que nadie de fuera del círculo familiar supiera del supuesto difunto. Incluso, estando a punto de morir, le llegaron a cavar una sepultura clandestina en el corral (Altaffaylla, 1986, I, 198). El testimonio del corellano Julio Ayala, *Chano*, es similar. Tras su afortunadamente infructuoso fusilamiento vivió escondido durante tres años en casa de su madre (Ibid., I, 265). Negar la existencia del ocultado resultó más difícil a la mujer del mendaviés Sotero Suberbiola cuando ésta apareció embarazada (Ibid., II, 68).

5. La memoria del cuerpo

La memoria aparece insertada en el cuerpo. Éste suele aparecer constantemente como estructurador del recuerdo. En el caso de la experiencia de los derrotados es clara. Las constantes vejaciones a las que tuvieron que someterse mujeres y hombres llegaron a convertirse en hitos difíciles de olvidar.

Donde mayormente aflora el cuerpo es en el recuerdo de la tortura física y psicológica a los detenidos. Sobreabundan los testimonios. Citaremos como ejemplo el de Francisco Zabalza, dirigente de la UGT de Gallipienzo. Tras describir la paliza que le propinaron recuerda que le dijo el Cabo: «esta vez te dejamos, pero la próxima te deshuesaremos». El

calvario continuó al salir a la calle y sufrir la mofa de sus vecinos (Altaffaylla, 1986, I, 334). La crueldad de la tortura se manifiesta también en el recuerdo de los métodos empleados. Un vecino de Los Arcos recuerda un «ingenio» denominado «el avión». Consistía en suspender a los presos de unos clavos puestos en el techo, con las manos atadas a la espalda (Altaffaylla, 1986, I, 385).

Toda tortura física conlleva su correspondiente carga psicológica. En los casos de violaciones este hecho se hace, cuando menos, más relevante. No se recogen narraciones sobre este aspecto en primera persona, pero se recuerdan con amargura episodios como el de una muchacha que tuvo que acceder a ser violada por un falangista con la condición de salvar la vida a su hermano, preso en la cárcel (Ibid., I, 76); o el de un hombre de Santacara que se encontró con una vecina de izquierdas que, llorando, impotente y angustiada, le contaba cómo acababa de ser violada por media docena de nacionales (Ibid., II, 205). La experiencia cercana de la violación queda profundamente grabada en el caso de los niños. Pese a que tenía diez años, la larraguesa Pilar Lamberto recuerda con nitidez cómo acudieron a su casa y se llevaron a su padre y a su hermana Maravillas, que fue violada y asesinada (Ibid., I, 354-355).

Costumbre en extremo humillante practicada en el bando nacional era el corte de pelo a las mujeres republicanas. Poseemos testimonios estremecedores de Aibar (Ibid., I, 61), Leitza (Ibid., I, 360), Pamplona (Ibid., II, 135-136), Ribaforada (Ibid., II, 162), Valtierra (Ibid., II, 277) y Cintruénigo. En esta última localidad destaca el contado por Joaquín Pérez:

El 13 de agosto fusilaron a esos ocho por la mañana y aquel mismo día sacaron a las mujeres. A la hora que detuvieron a ellos, las cogieron y las llevaron a la cárcel, entre ellas una tía mía. Eran ocho o diez mujeres. Hacia las ocho y media de la mañana o las nueve les dieron pa desayunar un vaso de aceite ricino; y con el tambor del Ayuntamiento tocando, como en procesión, fueron rodando, dando vueltas a tol pueblo durante dos horas y media, hasta que se les descompondría el estómago pa que se hicieran, y se hicieron; iban las mujeres hechas una lástima, y con el pelo cortau todas, al raso... como tenían la cara tan negra y la cabeza tan blanca, ¡daban una compasión verlas a las pobrecicas! Llorando todas y los maridos de algunas fusilau esa misma noche... (Ibid., I, 254).

El recuerdo del cuerpo está, además, muy relacionado con los sentidos. Vista, oído olfato, gusto y tacto aparecen de una forma u otra en las narraciones. La mirada puede ser la propia –grabación de una determinada imagen captada por uno mismo– y la de otros. El testimonio de Tomasa Alonso sobre la muerte de su marido es ilustrativo. Viajaba en «la Tudelana» el día en que lo mataron y, como si fuera un presentimiento, se indispuso y fue asistida por todos los viajeros. El único que no la socorrió fue su párroco. Refiere textualmente:

Cuando llegamos aquí yo lo miré y él me miró. Y los ojos que puso Don Santos no se me olvidarán en la vida. Noté en la forma de mirarme que mi marido no tenía ninguna salvación. Entonces, cuando al día siguiente me dieron la noticia de su muerte, estaba convencida de que había sido Don Santos el que lo había matau (Ibid., I, 132).

El sonido queda grabado en forma de desgarradores gritos de dolor y de tiros con balas. Así, un vecino de la Val de Aibar no puede borrar de su cabeza el sonido del tiro de gracia a dos sangüesinos (Ibid., I, 63). El silencio de la oscuridad acrecienta estas sensaciones. En Etxauri oían a las noches los fusilamientos que se efectuaban en el cementerio (Ibid., I, 278).

El sonido también se recuerda como algo intimidatorio. Es el caso de un falangista de Allo que se dedicaba a pasar por delante de las casas de los de izquierda haciendo sonar la ronca bocina de su automóvil con el fin de amedrentarlos (Ibid., I, 71).

El sentido del olfato es desagradablemente recordado por estar estrechamente relacionado con el cuerpo muerto. Así por ejemplo, un vecino de Makirriain tenía perfectamente grabado el fuerte olor a «carne chocarrada» de los fusilados que quemaban junto al fuerte de San Cristóbal en verano. Aquel hedor llegaba hasta Makirriain, Orrio y otros lugares (Ibid., I, 304). El tacto se recuerda sobre todo en situaciones extremas de frío o calor, como la sensación que sintieron dos hermanos de Tudela que tuvieron que esconderse en una trampa preparada en la chimenea, pasando un «infierno» cuando la vecina de al lado encendía el fuego (Ibid., II, 240).

Más que el sentido del gusto –bueno o malo– lo que se recuerda incesantemente es el hambre. La penuria alimenticia en la cárcel, junto con los malos tratos, se convierte en uno de los hitos de la memoria de los presos (Ibid., I, 178-180). Sobre la prisión de Zaragoza, donde muchos presos murieron por las condiciones de miseria existentes, cuenta el vecino de Aibar Eleuterio Alzueta que vio montar guardias para que los presos no se abalanzaran encima de los wáteres «¡para comerse aunque fuera la mierda!» (Ibid., I, 64). La memoria del hambre aparece unida a la vejación social de los vencidos a la hora de conseguir la comida. En este sentido, alimentarse en el Auxilio Social suponía un trauma por la carga simbólica que conllevaba. Una andosillana recuerda que cuando acudían a esta institución tenían que entrar rezando y cantando el *Cara al Sol*. Su hermana Teresa se negaba a levantar el brazo y la dejaban sin comer (Ibid., I, 82). Las mujeres son, precisamente, sobre las que recae la tarea de la supervivencia, convirtiéndose en las cabezas visibles de la familia cuando sus maridos estaban presos o muertos (Romeu, 1994, 15), llegando incluso a tener que salir a pedir limosna para poder sobrevivir (Altaffaylla, I, 82).

6. La memoria del parentesco

En el caso de las situaciones bélicas resulta interesante el análisis de la memoria del parentesco. Debemos tener en cuenta que la memoria familiar es una memoria colectiva (Halbwachs, 1992, 54-83), por lo que cualquier acontecimiento de represión a un solo miembro de la familia repercute en el recuerdo de todo el conjunto. No en vano, la memoria familiar ha sido definida como «el conjunto de recuerdos relativos al pasado de su grupo de origen, que cada individuo conserva en su interior» (Cuesta, 1996, 68).¹⁷ Marc Augé, apunta que el deber de la memoria es el de sus descendientes, concretándose en el recuerdo y la vigilancia. Ésta supone la actualización del recuerdo, el esfuerzo por imaginar en el presente lo que podría semejarse al pasado o por recordar ese pasado como un presente (1998b, 102).

En las relaciones de parentesco existe la «persona pivote», convertida en el nexo de comunicación familiar. Ésta es la figura que transmite la memoria, estando este papel concretado en la sociedad occidental principalmente en las mujeres. Ellas se erigen en las depositarias del recuerdo, hecho que debe ponerse en relación con el tipo de trabajo desempeñado, sobre todo en lo relacionado al cuidado, toda una muestra palpable del

«cronotopos genérico»¹⁸ (del Valle, 1997b). Con anterioridad se han expuesto algunos ejemplos de mujeres «pivote» depositarias del recuerdo. Es el caso también de la funesina Lourdes Ansó, que recuerda detalladamente la huída y posterior entrega de su hermano Luis para que no mataran a su padre. «Eso no se me olvida a mí nunca.» (Altaffaylla, 1986, I, 326).

Existe, por contra, el testimonio de una mujer de Allo que rompía con el estereotipo de mujer confinada en su espacio doméstico. Blasa, militante de la CNT y con cinco hijos, salió de su hogar para avisar a sus vecinos que iban a matarlos. Este hecho le valió la detención por la guardia civil y los requetés. Ella, valiente, les plantó cara hasta el último momento tratándolos de cobardes. La tuvieron trece días en la cárcel y no probó comida. Acabó fusilada (Ibid., I, 76). Este caso, por contra, debe situarse en el contexto más amplio de la filosofía anarquista acerca de la mujer, donde la preservación de la memoria tiene su peculiar significado, tal y como lo ha demostrado Martha Ackelsberg en torno al programa *Mujeres Libres* (1992, 125-143).

Como se ha podido observar por numerosos ejemplos expuestos, los dramas familiares se recuerdan con especial intensidad. Angustiosa es la imagen constantemente repetida de la detención –para fusilar o no– de familiares y amigos, ante la que los testigos no podían sino sentirse impotentes espectadores (Altaffaylla, 1986, I, 75, 107, 198, 265, 266, 278, 304, 334; II, 122, 133, 214-215, 312). El dolor por la desgracia familiar no se borraba fácilmente. En una familia de Cadreita compuesta por el matrimonio y nueve hijos y con otro que venía en camino, fusilaron al padre por mandato del alcalde. A los dos meses se llevaron a uno de los hijos al frente, mandándole matar en cierta ocasión a otro individuo. Recordado su drama familiar se echó a llorar y fue incapaz de hacerlo (Ibid., I, 201).

Algunos llegaron incluso a la locura o estuvieron a punto de perder la cabeza. El desgarrador testimonio de Pedro Zapatero es buena muestra de ello:

Un día llegué a casa y estaba mi mujer llorando. Habían detenido en Jarauta a mi madre y se la habían llevau al centro de Falange, en Pozoblanco. A la pobre le dieron una pinta de aceite de ricino. Estaba el «Toíto», pequeño, con gafas, falangista, que cogía a la gente y les decía: «Venga que lo tienes que beber toíto» [todito]. El «Toíto» se le quedó para siempre. Le dieron la pinta, la sentaron en una silla, empezó la mujer a hacer de vientre y a mearse; perdió el conocimiento, cogieron las tijeras, le cortaron todo el pelo, le dejaron en el cogote un mechón pequeño con una cintica roja y venga bailar con una corneta y un tambor alrededor de ella, en el salón del orfeón. Mi madre, con un hijo muerto, otro desaparecido, yo continuamente detenido y apaleado, empezó a echar una chepa enorme y ya no levantó cabeza. Igual que mi mujer, que vivía espantada. Murieron de los disgustos. Yo creía que me iba a volver loco. Decidí marcharme al extranjero... (Ibid., II, 135).

En la memoria de los niños el universo familiar cala más hondo (Badillo, 1997), viviendo por ello los dramas con una mayor intensidad, aunque no por ello carentes en ocasiones de cierta inocencia.¹⁹ Es el caso de un testigo que recuerda perfectamente cómo se escapó su padre cuando él contaba tan sólo seis años. Su historia familiar le supuso que en la escuela fuera maltratado por los chicos mayores, que eran pelayos (Ibid., I, 246).

Por otra parte, existen testimonios de ruptura en el propio parentesco por el hecho intrínseco de ser una guerra civil, es decir, de enfrentamiento entre miembros de una misma familia. El sacerdote y etnógrafo Luciano Lapuente recuerda que cuando detuvieron al

socialista Balbino Bados, éste preguntó a un primo suyo: «¿Y tú me vas a matar?» A lo que le contestó: «No te mato yo, te mata la justicia» (Ibid., I, 79). Esa misma filosofía *justiciera* y *patriótica* era la que impregnaba las filas del bando nacional por encima de la institución familiar. Domingo Guinda, de Cáseda, arrestado tras huír de las filas nacionales contestó a sus captores:

Pues ya que me pide que sea sincero le digo que no podía formar parte de un ejército con los criminales que mataron al padre. ¡Cagüendiez! Me metió un tortazo que me dejó sentau. ¡Canalla, mal navarro! ¡Por encima de toda la familia está la patria! ¡La justicia se encargará de ti! (Ibid., I, 232-233).

7. La memoria en la ritualización del odio

Dependiendo de la naturaleza humana, el odio se manifiesta de manera más o menos profunda en el caso del vejado. El tiempo también contribuye a limar aquel sentimiento que, cincuenta años después, se recoge en muchos casos sin la contundencia que hubiera tenido en épocas pasadas. Sobre los testimonios de los armenios brutalmente masacrados por el Imperio Otomano entre 1915 y 1922, Paul Thompson comenta que algunos nunca hablan de ello; otros tradujeron su ira en una expresión política o en resignación e, incluso, en perdón. Pero otros ardieron en odio hacia los turcos. Entre éstos están los que todavía claman la venganza, como el superviviente de setenta y ocho años que mató en 1973 a dos funcionarios consulares turcos en California. Su furia era una memoria que pervivió durante cincuenta años en otra cultura y otro continente (1988, 179).

El odio subyace en todo tipo de relatos de la represión bélica; se dirige a personas, instituciones o colectividades. Por no extendernos en ejemplos analizaremos el suscitado hacia el sistema religioso. El bando nacional, aliado con la Iglesia, planteó la guerra como una gran *Cruzada* contra el *infiel*. En el bando republicano navarro abundaban los anarquistas, comunistas y socialistas, en su mayor parte ateos o no practicantes.

Entre los testimonios es constante el odio al clero. Los ejemplos de las confesiones y comuniones abundan por lo simbólico de aquellos actos y la actitud de los sacerdotes ante aquellos sacramentos. Cuando un condenado iba a ser fusilado, se negó a confesar. El cura le dio a besar un gran Crucifijo y, ante la nueva negativa, le golpeó con él en la boca (Ibid., I, 85). Un preso de San Cristóbal recuerda que, por negarse algunos compañeros a comulgar, les quitaban diferentes ropas (Ibid., I, 97).

El recuerdo de algunos párrocos quedó en la memoria de sus parroquianos por su falta de misericordia hacia los feligreses republicanos. Algunos de ellos formaron parte de los «Consejos de guerra» locales, decisores de la suerte de los detenidos. El cura de Funes, después de condenar a Luis Ansó, fue a confesarlo a la cárcel, comunicándole que no tenía más remedio que morir (Ibid., I, 326). Este mismo párroco, preguntado por un funesino si era pecado su ansia de matar a otro vecino, contestó: «Por Dios y por España no es pecáu». Ante lo que el fiel concluyó su «capricho» (Ibid., I, 327). Se recuerda con igual odio el papel de algunos sacerdotes destacados en el desempeño de esta misión (Ibid., I, 130, 132; II, 91).

La imposición de las creencias y prácticas religiosas es recordada con el mismo

sentimiento. La entonces niña de once años S. de San Miguel, de Andosilla, cuenta con amargura que en las clases de catecismo eran castigadas a limpiar los retretes por decir «Matar» en vez de «No matarás». La razón hay que buscarla en el final de su narración:

¡Sinvergüenzas! Mucho no matarás, mucho no matarás, y fue el cura el que fue a Calahorra a por la camioneta donde se llevaron a matar a mi padre (Ibid., I, 82).

La otra actitud hacia la religión –eminentemente minoritaria– aparece recordada con cariño en dos testimonios. El primero procede de un vecino de Arguedas que recuerda al párroco Emilio Segura predicando en sus sermones en favor del cumplimiento del quinto mandamiento, *No matarás*, dando, además, gran ejemplo en la asistencia a los familiares de los represaliados (Ibid., I, 117). El segundo, cargado de subjetividad por parte de la informante, narra el fusilamiento del alcalde de Cascante, José Romano, tal y como se lo contó el cura que lo confesó:

Me dijo que fue un santo, porque le pegaron 14 tiros y ninguno a matarlo. Le pegaban en una pierna; mataban a otro; le pegaban en un brazo; mataban a otro y cuando chorreaba sangre, como Nuestro Señor Jesucristo, les dijo: «¿Me quieren volver cara la Virgen del Romero³⁰ si me van a dar el último tiro?» Y el cura contaba que cuando le iban a dar el último tiro subió el Crucifijo y dijo: «Dios mío, perdona a los que mueren y castiga...» y me las vi negras con la cruz delante de aquella gente, que parecían fieras (Ibid., I, 224).

Nótese que en el relato la figura del fusilado es la trasposición del mártir cristiano.

8. Negar la memoria: el olvido y el silencio

Uno de los objetivos de *Navarra, 1936. De la esperanza al terror* consistía en intentar evitar el **olvido**, no en vano en la introducción se nos dice que «la palabra “Perdón” no tiene por qué hacerse sinónima de olvido» (Altaffaylla, 1986, I, 15).²¹ Fernanda Romeu abre su libro sobre la memoria de las mujeres en la guerra y en el franquismo diciéndonos que:

[...] el peso del silencio histórico nos conmociona. Y nuestro silencio sobre las cuestiones que más nos pueden interesar, resuenan con cierto estruendo en nuestras cabezas. Es necesario hacer un balance de nuestro pasado-presente, en la medida que el proceso del franquismo ha influido en el momento histórico que hoy vivimos. El problema es que hay muchísima gente que ha perdido la memoria o aparenta haberla perdido. Y otros, han construido una realidad que nada tiene que ver con la verdadera (1994, 13).

Estamos ante un concepto que en su dualidad memoria/olvido constituye hoy uno de los vectores que atraviesan el campo de las ciencias sociales y humanas (Cuesta, 1996, 58), donde la antropología lleva un más que considerable adelanto respecto a la historia, una de las últimas incorporadas a estas preocupaciones. Marc Augé nos propone a través de su trabajo realizar etnografía del olvido (Augé, 1998b), tarea que deberá acometer no sólo el antropólogo, sino también, con sus técnicas, el historiador.

La memoria se va construyendo, seleccionándose capítulos para el recuerdo o para el olvido. Se puede afirmar por lo tanto que existe la memoria porque existe el olvido. El olvido se da en numerosas personas de manera consciente o inconsciente cuando las situaciones de sufrimiento alcanzan grandes cotas. Esas gentes se ven incapaces de recuperar esa memoria,

como ocurrió con muchos de los supervivientes del genocidio judío, incapaces de narrar su experiencia (Luchterhand, 1982, 251-272; Thompson, 1988, 179-180; Prins, 1993, 33; Rosh, 1998, 173-178, Cuesta, 1998a, 89-90). En nuestra obra de referencia captar el olvido no es fácil ya que, precisamente, lo que se recoge es lo que los informantes narraban. Habría que realizar un intenso y bien planificado trabajo de campo para poder captar ese olvido de la guerra civil.

En el caso estudiado aparecen con intensidad los testimonios contrarios, es decir, los que buscan evitar que el olvido acabe con una vivencia determinada o, sencillamente, que por su intensidad sea imposible borrarla de la mente. Un ejemplo sobradamente conocido sobre estos aspectos es la obra del judío italiano Primo Levi, superviviente de Auschwitz, que quiso rescatar del olvido y dar a conocer a la humanidad la intensidad del drama del genocidio (Hirsch, 1995, 43-55).

La institución familiar se convierte en el resorte más importante para evitar el olvido. Se puede afirmar que es inherente a la familia la transmisión intergeneracional de su devenir histórico (Bertaux y Thompson, 1993, 1-12). En algunas familias de ideologías enraizadas donde se vivieron intensos dramas existe una clara transmisión de su historia familiar, al igual que ocurrió también en numerosos testimonios de supervivientes del holocausto judío (Burchardt, 1993, 121-137).

Uno de los testimonios más elocuentes y conocidos a este respecto es la despedida en forma de carta a sus hijos del alcalde de Azagra, Francisco Castro:

Adiós hijos míos, tener presente que vuestro padre no muere ni por robar, ni por matar, esto lo último, lo quieren matar por un ideal y por el cual, muero gustoso. No lo traicionéis jamás, pero a pesar de eso no guardéis rencor ni venganza a nadie, mi signo estaba trazado así. Querer mucho a vuestra madre, y ser buenos con ella, ya que no le queda otro cariño que el vuestro, yo en las dos horas y cinco minutos que me quedan no os olvidaré hasta que caiga sin vida, hijos míos, tener serenidad como la tiene vuestro padre para escribir estas cartas en las últimas horas de vida. No os avergoncéis ni ocultéis la muerte de vuestro padre a nadie. Un fuerte abrazo hijos míos, no puedo más, no os haréis jamás idea lo que vuestro padre sufre al escribir estas líneas pero es lo mejor que puedo hacer en mis últimos instantes. Adiós hijos míos, ser buenos y honrados, yo no os olvidaré ni en la eternidad. Para cuando la recibáis ya no existo en esta vida. Adios hijos. Fº. Paco. (Altaffaylla, 1986, I, 125).

La práctica mayoría de los testimonios recogidos en la obra son casos en que la intensidad de la vivencia hace imposible el olvido. En numerosas ocasiones se alude además a la incapacidad de poder olvidar, borrar de la memoria aquella represión brutal.²² Recogemos como ilustrativo el ejemplo de la vecina de Allo, Adora Garraza, uno de tantos que podrían tomarse:

¿Cómo voy a olvidar el 36? Yo tenía entonces 15 años. Éramos una familia feliz, sin historia, mis padres, los cinco hermanos... Vino la guerra y nuestra familia se quedó destruida. Mi madre fue detenida y encarcelada, y escuchó todos los insultos que se pueden oír. Luego la asesinaron en el Perdón; mi padre tuvo que irse voluntario para salvarse y mis hermanos mayores desaparecidos... nos quedamos en casa las tres pequeñas, solas. ¡Qué desprecios! ¡Qué noches, cuando caía el silencio y salía yo de casa para robar alguna berza o lo que encontrara para comer! Pero el hambre no tenía importancia... Era la soledad en que nos quedamos. Nos habían arrebatado lo más grande

que hay en la vida, la madre. Y esas hienas, que sabían que estábamos solas y se presentaban en casa con fusiles, a buscar armas decían, rompiendo colchones y hasta la única foto que guardábamos de nuestra madre. Luego me hacían presentarme en el cuartel y decían aquello de: «Habría que matar a todos, que los pequeños luego se hacen grandes». ¿Qué miedo nos podían tener? Nosotros no éramos hijos de asesinos ni de criminales, sino de personas que querían el bienestar de todos, sin distinción de raza o fortuna (Ibid., I, 72).

Por otra parte, algunas personas con sentimiento de culpabilidad intentaron acceder a su peculiar olvido como una estrategia psicológica. En algunos casos el asesino intentaba descargar su culpa en otro individuo para que su conciencia estuviera libre del pecado cometido. Es el caso de un guardia civil que se negaba a matar a un vecino de Milagro, a lo que fue obligado por su superior bajo amenaza de muerte. Finalmente se dirigió a su víctima diciendo: «Que conste, majo, que quien te mata es el cabo, que yo no te mato». Acto seguido le pegó el tiro (Ibid., I, 81).

Esas estrategias para olvidar las atrocidades cometidas por uno mismo no siempre lograban su objetivo. Eran los casos de las memorias atormentadas. Como afirma Juan Manuel de Prada en el comienzo de *La Tempestad*, resulta

difícil y obsceno soslayar la mirada de un hombre que se desangra hasta morir, pero más difícil aún es sostenerla e intentar zambullirse en el torbellino de pasiones confusas y secretos póstumos que se agolpa en sus retinas (1997, 11).

El remordimiento acabó con la vida de algunos verdugos que, incluso, llegaron a suicidarse (Altaffaylla, 1986, I, 73).

El **silencio**, por su parte, puede ser intencionado o, simplemente, fruto del olvido (Cuesta, 1996, 65). Al acceder a los silencios hay que observar sus causas, sobre todo en los que se asumen conscientemente, pues el silencio pesa. Por ello, en muchos casos su importancia es mayor que el hecho en sí, pudiendo observarse lo que se ha ocultado. Al igual que ocurría con el olvido, en los testimonios recogidos en la obra de Altaffaylla es difícil captar ese silencio pero, sin duda, lo haría aflorar la revisión en profundidad de los materiales no publicados y, por supuesto, un nuevo y concienzudo trabajo de campo. Un ejemplo que se asemejaría mucho a la situación estudiada es el de los silencios producidos por el fascismo italiano, aparecidos reiteradamente en la historia oral de aquel país según los análisis de Luisa Passerini (Lumms, 1987, 127-128) o, en un régimen político muy diferente, los silencios fruto de los *archipiélagos* estalinistas (Cuesta, 1998a, 97-104).

Por otra parte, en una situación como la analizada, el silencio venía impuesto por el propio sistema. Uno de los casos más evidentes se concretaba en la obligación de arrinconar la propia lengua, el euskera. Pese a que los testimonios recogidos en nuestra obra de referencia no son numerosos, sabemos que la represión lingüística fue intensa (Jimeno, 1997, 226-231). Dos vecinos de Leitza hablaban euskera en el tren del Plazaola. Un soldado les ordenó que hablasen castellano. Como uno de ellos no sabía otra lengua más que la que había aprendido de su madre, el militar les mandó callar, alegando que el euskera estaba prohibido y que, de persistir en su práctica, los bajaría en la siguiente estación para fusilarlos. Siguieron el trayecto en el más riguroso de los silencios (Altaffaylla, 1986, I, 362). Por otra parte, se recuerda como algo realmente duro y represivo la prohibición de hablarlo en la escuela (Ibid,

II, 1986, 250, 252). Este tema debería ser objeto de un análisis monográfico en un proyecto de envergadura que recogiera, a nivel de toda Euskal Herria, los testimonios en torno a la represión del euskera. Debido a la instrumentalización política actual de la cuestión lingüística, serían muy elocuentes los silencios de los informantes que, repudiando su lengua materna, viven deliberadamente inmersos en un universo castellanizado.

NOTAS

1. Este artículo se gestó en el marco del curso de doctorado *Etnografía de la Memoria*, impartido por la Prof. Teresa del Valle en el Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social de la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, en el curso 1998-1999.
2. J.M. Jimeno Jurío afirma en el prólogo que el número de fallecidos, *aspecto importante para valorar la historia, no puede ser tapiz; ocultador del tremendo drama vivido por un sector. Drama inenarrable para las víctimas e imposible de comprender para el verdugo. Drama de quienes alimentaron la esperanza en la libertad, la paz, el respeto a la dignidad humana y la democracia, lucharon para construir una sociedad donde todo esto fuera realidad, y vieron truncados su ideal y sus vidas. Drama de viudas y huérfanos desposeídos, aterrorizados, escarnecidos, humillados, forzados a sufrir la «paz» del vencedor* (Altaffaylla, 1986, I, 21). Podríamos definir nuestro objeto de estudio, por lo tanto, como *la memoria del drama*.
3. Josefina Cuesta ha realizado recientemente un magnífico estado de la cuestión sobre la memoria y la historia, con una amplia bibliografía (1998b).
4. La bibliografía sobre historia oral producida en las últimas décadas resulta abrumadora. Numerosas revistas están dedicadas a esta técnica, proliferan los congresos y las monografías. En 1990 Robert Perks realizó un intento compilador de gran utilidad, necesitado hoy de una actualización. Por su parte, Giovanni Contini y Alfredo Martini han realizado una buena visión panorámica de la historiografía oral por países (1993, 81-129).
5. Marc Augé realiza una metáfora en torno a esta realidad: *No lo olvidamos todo, evidentemente. Pero tampoco lo recordamos todo. Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero, seleccionar, podar. Los recuerdos son como las plantas: hay algunos que deben eliminarse rápidamente para ayudar al resto a desarrollarse, a transformarse, a florecer* (1998b, 23).
6. Para Marc Augé la sobremodernidad se caracteriza por una superabundancia de acontecimientos, una superabundancia espacial y una individualización de las referencias (1998a, 46).
7. Esta obra cuenta con un completo corpus bibliográfico para el conocimiento de la guerra civil en Euskal Herria (Chueca y Fernández, 1997, 223-227).
8. Sobre este concepto vid. García (1994, 116-199).
9. Cfr. sobre este hecho el ejemplo francés de las conmemoraciones de la Revolución: Davallon et al., 1993; y, desde otra perspectiva, el centenario de la Revolución francesa en los Países Bajos: Stuurman, 1993 y Te Velde, 1993.
10. En este sentido, J. Madalena y el Grupo Salamanca han realizado un interesante estudio sobre los cambios en la denominación del callejero de varias ciudades castellano-leonesas como reflejo de la utilización de la memoria por parte del poder (1996).
11. En la introducción se dice que la obra *es un homenaje profundo, sincero, a las víctimas en el 50 aniversario de fosa común. Era obligado dedicarla a todos los navarros víctimas de la intransigencia: paladines del libre pensamiento, del socialismo, del comunal, del pan de cada día para los pobres; abertzales y libertarios; «defensores de su sudor», como se definían algunos. A los que tuvieron que abandonar casa y tierra camino de un exilio del que muchos no regresarían. A los que se quedaron, engrosando la «otra» población de Navarra, de los marginados, vigilados y humillados, de las viudas sin pensión, de los comedores de Auxilio Social. A pesar de su crudeza, este libro es también una mano tendida a la otra Navarra, la de quienes dijeron NO a la República en las urnas y salieron a los frentes bajo ideales que creyeron justos, ajenos a la barbarie desatada a sus espaldas. Para muchos de ellos la victoria acarrió la mayor de las decepciones. El precio había sido demasiado caro* (Altaffaylla, 1986, I, 15-16).
12. J. Modell y Ch. Brodsky han llevado a cabo un interesante proyecto en Pennsylvania buscando recuperar la memoria histórica a través de fotografías (1994).
13. Sobre la teorización de estos conceptos vid. Cuesta, 1996, 59-75.
14. G. Namer distingue en su *Mémoire et société* entre *memoria colectiva*, como memoria de grupo, y *memoria social*, como memoria en y de la sociedad, independiente y sin el soporte de ningún grupo. Este último concepto estaría vinculado al Durkheimiano de «corrientes de pensamiento», denominado por Namer como «corrientes de memoria» (Cuesta, 1996, 60).
15. Con amplia bibliografía sobre el concepto del *tiempo* en los estudios antropológicos.

16. Vid. un estado de la cuestión y la teorización sobre este concepto en Nora, 1993, 1998 y Den Boer, 1993.
17. Tomando la definición de J. Coenen-Huther.
18. Éstos son los momentos y tiempos imbuidos de género donde se negocian identidades.
19. Prescindiendo de toda la poética y lirismo que envuelve *La vida es bella* (1998), esta película logra captar magistralmente la inocencia del niño que, pese a estar sufriendo los rigores de un campo de concentración nazi, acaba involucrándose en la amable y divertida aventura que le cuenta su padre sobre aquella atípica situación.
20. Hacia el santuario de la Patrona de Cascante.
21. Esta misma filosofía fue la que inspiró el libro de R. Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española* (1979).
22. Algunos que formaron parte de las filas nacionales pero que no acataban las formas represivas vivieron con igual intensidad aquellos hechos, imposibles de olvidar. Así, un vecino de Cárcar afirmaba: *-¡y los tormentos que yo he visto allí pasar! ¡No se me quita nunca de la cabeza, yo tuve que estar allí presenciándolo!* (Altaffaylla, 1986, I, 212).

BIBLIOGRAFÍA

- ACKELSBERG, Martha (1992): «*Mujeres Libres. The Preservation of Memory under the Politics of Repression in Spain*», en Luisa PASSERINI (ed.), *Memory and Totalitarianism, International Yearbook of Oral History and Life Stories*, I, Oxford: Oxford University Press, pp. 125-143.
- AGUILAR, Paloma (1995): *La memoria histórica de la guerra civil española (1936-1939: Un proceso de aprendizaje político)*, Madrid: Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.
- AGUILAR, Paloma (1996): *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid: Alianza.
- ALTAFFAYLLA KULTUR TALDEA (1986): *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Tafalla: Altaffaylla Kultur Taldea. 2 vols.
- AUGÉ, Marc (1998a): *Los «no lugares». Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa (3ª reimpr.).
- AUGÉ, Marc (1998b): *Las formas del olvido*, Barcelona: Gedisa.
- AZCONA, Jesús (1987): *Para comprender la Antropología*, Estella: Verbo Divino. 2 vols.
- BADILLO LEÓN, Isabel (1997): *La cultura de la infancia*, en I. BADILLO (ed.), *Las culturas del ciclo vital*, Barcelona: Bardenas, pp. 17-50.
- BERTAUX, Daniel y THOMPSON, Paul (1993): «Introduction», en Daniel BERTAUX y Paul THOMPSON (ed.), *Between Generations. Family Models, Myths and Memories*, International Yearbook of Oral History and Life Stories, II, Oxford: Oxford University Press, pp. 1-12.
- BURCHARDT, Natasha (1993): «Transgenerational Transmission in the Families of Holocaust Survivors in England», en Daniel BERTAUX y Paul THOMPSON (ed.), *Between Generations. Family Models, Myths and Memories*, International Yearbook of Oral History and Life Stories, II, Oxford: Oxford University Press, pp. 121-137.
- CONNERTON, Paul (1989): *How societies remember*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CONTINI, Giovanni y MARTINI, Alfredo (1993): *Verba manent. L'uso delle fonti orali per la storia contemporanea*, Roma: La Nuova Italia Scientifica.

- CUESTA BUSTILLO, Josefina (1996): «De la memoria a la historia», en Alicia ALTED (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, pp. 55-89.
- CUESTA BUSTILLO, Josefina (1998a): «La memoria del horror, después de la II guerra mundial», en J. CUESTA (ed.), *Memoria e historia*, Madrid: Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons, pp. 81-104.
- CUESTA BUSTILLO, Josefina (1998b): «Memoria e historia. Un estado de la cuestión», en J. Cuesta (ed.), *Memoria e historia*, Madrid: Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons, pp. 203-246.
- CHUECA, Josu y FERNANDEZ, Luis (1997): *Espainiako Gerra Zibila Euskal Herrian*, Donostia: Euskaldunon Egunkaria.
- DAVALLON, Jean, DUJARDIN, Philippe y SABATIER, Gérard (dirs.) (1993): *Politique de la Mémoire. Commémorer la Révolution*, Lyon: Presses universitaires de Lyon.
- DE PRADA, Juan Manuel (1997): *La tempestad*, Barcelona: Planeta.
- DEL VALLE, Teresa (1997a): *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la Antropología*, Madrid: Cátedra.
- DEL VALLE, Teresa (1997b): «Memoria y relaciones de género», Ponencia invitada en las *Jornadas de AUDEM*, Oviedo, 13-15 de marzo de 1997. En prensa.
- DEN BOER, Pim (1993): «Lieux de mémoire et l'identité de l'Europe», en Pim den BOER et Willem FRIJHOFF (réd.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam: Amsterdam University Press, pp. 93-104.
- FRASER, R. (1979): *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, I, Barcelona: Crítica.
- GAGNON, Nicole (1993): «Sobre el análisis de los relatos de vida», en José Miguel MARINAS y Cristina SANTAMARINA (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid: Debate.
- GARCÍA GARCÍA, José Luis (1994): «Celebraciones y conmemoraciones», *Antropología. Revista de pensamiento antropológico y estudios etnográficos*, 8, pp. 113-121.
- GRELE, Ronald J. (1991): «La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué», en *Historia y Fuente Oral*, 5, pp. 111-129.
- HALBWACHS, Maurice (1992): *On collective memory*, Chicago and London: The University of Chicago Press.
- HIRSCH, Herbert (1995): *Genocide and the Politics of Memory. Studying Death to Preserve Life*, Chapel Hill y London: The University of North Carolina Press.
- JIMENO JURÍO, José María (1997): *Navarra. Historia del Euskera*, Tafalla: Txalaparta.
- LE GOFF, Jacques (1991): *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona: Paidós.
- LUCHTERHAND, Elmer (1982): «Knowing and Not Knowing: Involvement in Nazi Genocide», en Paul THOMPSON y Natasha BURCHARDT (eds.), *Our Common History: The transformation of Europe*, London: Pluto Press, pp. 251-272.
- LUMMIS, Trevor (1987): *Listening to History. The authenticity of oral evidence*, London: Hutchinson.
- LUQUE BAENA, Enrique (1993): «La Antropología en la sociedad actual», en Joan BESTARD i CAMPS (Coord.), *Después de Malinowski. Modernidad y posmodernidad en la Antropología actual. Actas del VI Congreso de Antropología*, Tenerife, pp. 93-116.
- MADALENA, José Ignacio y GRUPO SALAMANCA (1996): «La memoria y el poder: los cambios en la denominación de las calles de Valladolid, Salamanca y León», en Alicia ALTED (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 143-162.
- MODELL, Judith y BRODSKY, Charlee (1994): «Envisioning Homestead: Using Photographs in Interviewing (Homestead, Pennsylvania)», en Eva M. McMAHAN y Kim Lacy ROGERS, *Interactive Oral History Interviewing*, Hillsdale (New Jersey): Lawrence Erlbaum Associates.
- NORA, Pierre (1993): «La notion de lieu de mémoire est-elle exportable?», en Pim den BOER et Willem FRIJHOFF (réd.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam: Amsterdam University Press, pp. 3-10.

- NORA, Pierre (1998): «La aventura de *Les lieux de mémoire*», en Josefina CUESTA BUSTILLO (ed.), *Memoria e Historia*, Madrid: Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons, pp. 17-34.
- PERKS, Robert (1990): *Oral history. An annotated bibliography*, London: The British Library National Sound Archive.
- PRINS, Gwyn (1993): «Historia oral», en *Historia y Fuente Oral*, 9, pp. 21-44.
- RAMOS, Ramón (1989): «Maurice Halbwachs y la memoria colectiva», en *Revista de Occidente*, n. 100, pp. 63-81.
- ROMEU ALFARO, Fernanda (1994): *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*, [Oviedo]: edic. de la autora.
- ROSH WHITE, Naomi (1998): «Marking absences: Holocaust testimony and history», en Robert PERKS y Alistair THOMSON, *The oral history reader*, London y New York: Routledge.
- STUURMAN, Siep (1993): «Le centenaire de la Révolution française: les Pays-Bas entre la France et l'Angleterre», en Pim den BOER et Willem FRIJHOFF (réd.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam: Amsterdam University Press, pp. 93-104.
- TE VELDE, Henk (1993): «L'origine des fêtes nationales en France et aux Pays-Bas dans les années 1880», en Pim den BOER et Willem FRIJHOFF (réd.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam: Amsterdam University Press, pp. 105-109.

RESUMEN

Este artículo analiza la memoria de los derrotados navarros en la guerra civil de 1936-1939. Se ha elegido este período, y la figura del vencido, como marco idóneo para observar las estrategias del recuerdo. Contamos para su análisis con una excelente fuente, el libro *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, realizado por Altabaylla Kultur Taldea en 1986. Tras unas consideraciones teóricas sobre la memoria, se analizan las conmemoraciones de la guerra civil como instrumentos legitimadores del recuerdo. Los testimonios recogidos en la citada obra nos sirven para observar los mecanismos del recuerdo en el derrotado, la importancia del poder evocador, su memoria plasmada en el espacio y en el tiempo, en el cuerpo y en la familia. Finalmente, se analiza la memoria en la ritualización del odio y la negación del recuerdo a través del olvido y del silencio.

LABURPENA

Artikulu honek, 1936-1939 gerra zibilean garaituriko nafarren oroimena aztertzen du. Aro historiko hori eta era garaituen irudia aukeratu dira oroimenaren estrategiak ikusi ahal izateko. Lan hau egiteko, lehen mailako iturri bat izan dugu, hain zuzen ere, 1986an Altabaylla Kultur Taldeak egindako *Navarra 1936. De la esperanza al terror* liburua. Oroimenaren inguruko zenbait kontsiderazio teorikoen ondotik, gerra zibilaren oroipenak, oroimenaren tresna legitimatzaile gisa aztertzen dira. Aresitan aipaturiko liburuan jasotako testigantzek, garaituen oroimen mekanismoak, oroitzeak duen indarra eta oroimenak espazioan, denboran, gorputzean edota familian betetzen duen tokia aztertzeko bide ematen digute. Azkenik, oroimena gorrotoaren erritualizazioaren baitan eta oroitzaren ukazioa ahanztura eta isiltanaren bidez aztertzen dira.

ABSTRACT

This article analyzes the remembrance of those navarrans defeated in the Civil War of 1936-39. This period, along with that of the figure of the defeated, has been chosen as a model from to study the strategies of remembrance. The book 'Navarra 1936. De la esperanza al terror' has provided us with excellent source material. After some theoretical considerations on remembrance, the commemorations of the Civil War are analyzed as instruments used to legitimize remembrance. The testimonies gathered in the aforementioned book show us the mechanisms of remembrance in the defeated, the importance of being able to evoke, their memory molded in space and time, in body and family. Finally remembrance is analyzed in the ritualisation of hate and the denying of remembrance through forgetfulness and silence.